

APUNTES SOBRE LA FILOLOGÍA CLÁSICA DESDE ESPAÑA

LA filología clásica, tal como nos ha sido legada por el siglo XIX, es un instrumento de trabajo lleno de perfección. La filología clásica, gracias a un trabajo muy largo y metódico, ha conseguido ordenar su material de modo incomparable. El mundo clásico se nos aparece así cerrado, íntegro, completo. Por consiguiente, esta misma significación que tiene la filología clásica, en cuanto comprende al mundo antiguo en todos sus aspectos, en cuanto nos permite penetrar en una cultura originaria, es un modelo y un caso típico, en medio de la total crisis por que atraviesa el mundo. Precisamente, el que la filología haya llegado a ser un instrumento histórico, a través del cual nos adentramos en una cultura muerta con instrumentos de precisión, la hace —otra vez—, ser un modelo excelente de comprender hombres e historia. El problema de la filología clásica en España y el poder presentar un programa actual de sus trabajos, quizá, tal vez, me disculpe de distraerme y distraer al lector con un tema demasiado poco conectado con las angustias del momento (1). El siglo XIX ha sido caracterizado, con acierto, como el siglo de la Historia. Por eso mismo, la filología clásica, que sur-

(1) Al exponer aquí un plan para una posible filología clásica renovada por españoles, no es necesario decir que no se trata de incurrir en los tópicos que piden una vuelta a la tradición humanista. La tradición humanista responde a otra época que la actual, y cumplió su misión ampliamente. Otros son los problemas que hoy nos interesan, y, salvo confusión con un reducido «clasicismo» de colegio, la tradición humanista no tiene hoy nada que hacer.

ge muy poco antes de comenzar el siglo XIX, surge con caracteres historicistas. La filología, desde el primer momento de su nacimiento, es un instrumento al servicio de la Historia, una rama que la proporciona medios y que es conocimiento histórico. Precisamente lo que originó la filología clásica que hoy conocemos, fué el movimiento historicista de finales del XVIII: en Winckelmann y Herder, como en Wolf, están las fuentes del florecimiento filológico del siglo XIX. El helenismo, que comenzó a señalarse en Florencia, resultaba incompatible con la contrarreforma, y así se perdió aquel platonismo profundo e ingenuo que hizo platónico todo el Renacimiento. Pero ni aun entonces puede hablarse de un helenismo completo y ambicioso, que quisiera explicar y aspirase a comprender lo griego. Esta explicación e inteligencia, sólo podían ser la ambición de un pensamiento que comprendiese las cosas históricamente. Por eso, hasta la época del espíritu histórico germánico, no se rehabilitó, por Wolf, la vieja palabra "filología", lo que resultó simbólico. En la época barroca, el mundo griego es adoptado de una manera modernizada y, además, no muy directamente, sino a través del mundo romano. El helenismo directo, cuando Werther lee Homero y Shelley arrostra la tormenta fatal con un Sófocles en el bolsillo, coincide precisamente con la aparición de la gran escuela alemana filológica. Precisamente, todo este movimiento de la filología no es más que un movimiento histórico, que se atreve a mirar a Grecia de una manera directa y buscando aquello de que el barroco y el Renacimiento no tenían idea, cuando incurrían en tan graves anacronismos como son las escenas versallescas de la tragedia "griega" de Racine.

Este descubrimiento de Grecia en el siglo XVIII, es el que trae por resultado un concepto de Grecia, que es expuesto por Winckelmann y Herder de una manera canónica, definitiva, que comienza por deslumbrar al mundo

e influenciar toda una escuela de poesía romántica, alucinada por esta Grecia descubierta; así, por ejemplo, el Segundo Fausto o las poesías de Hölderlin, Shelley...

Esta Grecia surgía con un sentido anti-clásico, si pensamos hasta qué punto hace irrupción, romántica, musicalmente, frente a la antigüedad estereotipada y canonizada por los clásicos del siglo XVII-XVIII. Era una Grecia que se podría llamar romántica frente al clasicismo del siglo XVIII; una Grecia en la que se veía la libertad, la liberación de las estrechas normas que encerraban todo el siglo XVIII, y podía ofrecer el espejuelo de una vuelta a la naturaleza, que es muy viva en la novela *Hyperion*, de Hölderlin.

El descubrimiento de Grecia, es un descubrimiento romántico, y así, toda la gran literatura sobre Grecia está inspirada por el principio histórico romántico del siglo XIX.

En realidad, toda la filología clásica es romántica. Es romántica la idea de Grecia, que todavía llega a nosotros, y merece una revisión en sus interpretaciones de Nietzsche y del mismo Wilamovitz. Es decir, a grandes rasgos, la historia de la filología clásica en el siglo XIX se nos aparece como una historia llena de pensamiento romántico, de algo que no es pensamiento, sino sentimiento. En esta evolución del concepto moderno de Grecia, se nota el predominio de elementos irracionales, y es curioso cómo muchos filósofos contemporáneos, van a basar sus interpretaciones irracionistas en el fenómeno de Grecia.

El siglo XIX fué descubriendo así un nuevo sentimiento de lo griego. En el mismo siglo, se nos ofrecen, por primera vez, interpretaciones detalladas de la religión. A consecuencia de este estudio sobre la religión de los griegos, se nos abre la clave de muchos misterios de la cultura griega.

El siglo XIX encuentra también una nueva interpre-

tación de la música griega, y se pudo descubrir que, tal vez, en la música griega, intervinieron muchos elementos románticos, en cuanto que no son sólo las melodías las que tienen importancia musical, sino otros elementos más románticos, como el ritmo, del que nos damos cuenta bastante vaga. Indudablemente, el siglo XIX fué el primero en sospechar que la música griega tuvo muchos elementos desconocidos anteriormente. Y, por primera vez, se sintió el escalofrío de las agudas notas de flauta, que entrecortan en ciertos momentos la melodía del coro de *Orestes*, de Eurípides, que nos ha sido conservada (1). De la misma manera, la lírica, que había sido comprendida de una manera bastante fría, leída, como la lírica alejandrina o romana, pudo ser renovada en su concepto, con lo que se llegó a una interpretación que descubría todo lo que tiene de musical, de elementos cantables, corales. El redescubrimiento de estos poemas sobre sus ruinas, hacía ver hasta qué punto las interpretaciones del Renacimiento y del barroco, habían falseado la noción de lo griego.

A estos descubrimientos del siglo XIX en el campo de la filología clásica, hay que sumar el contacto de hondas preocupaciones actuales, por ejemplo, dentro de la doctrina de las razas. No cabe duda que lo contemporáneo está lleno de preocupaciones por esta misteriosa fuerza de la sangre, que proporciona a la humanidad tendencias, que se mantienen sin necesidad de que se expresen, sin que tengan que manifestarse continuamente en enseñanza, sino que obran desde dentro.

En el interior de la filología clásica, estos conceptos raciales están llamados a jugar mucho papel, ya que el siglo XIX descubrió el fenómeno de lo indoeuropeo, lo ario; pero todavía estamos muy al comienzo del camino, por lo que hace al estudio de las demás razas aborígenes de Eu-

(1) Gevaert, *La mélodie antique*, pág. 388.

ropa. En este punto, los españoles tendremos mucho que decir. Tal vez la lingüística del siglo XIX, creada y desarrollada en Alemania y con su centro fuera de los *limes* del Imperio romano, ha señalado demasiado la comunidad indoeuropea, indogermánica. Esta comunidad existe fuertemente en la sangre y en la lengua, en lo profundo y espontáneo. Pero, en cambio, el siglo pasado, al crear esta especialidad, ha olvidado que existía, con toda su fuerza y valor, otra comunidad, la cultural, si no tan profunda y misteriosa como la de sangre y lengua, sí más expresada y atestiguada. El siglo XIX vió, genialmente, lo que el griego y el latín tenían de común con el celta o el indio, pero separó demasiado el estudio de estas lenguas del de las semíticas y camíticas, las lenguas que convivieron con las de la filología clásica, no en el tiempo embrionario, sino en el de relación histórica, cultural. ¿Por qué el filólogo clásico ha de estudiar más lituano que antiguo egipcio o que arameo? Un restablecimiento del viejo trilingüismo de los humanistas no estaría descaminado, especialmente para España e Italia, que vivieron ya históricamente la época de la relación fecunda entre todas las riberas del Mediterráneo. Celebro esta ocasión de poder proponer a mis compatriotas esta invitación a la originalidad... tradicional. En la actual situación, puede decirse que la filología clásica de nuestro tiempo, se encuentra un tanto agotada; no sólo en Francia e Inglaterra, sino también en Alemania, parece que la filología clásica está detenida ante fórmulas nuevas, que todavía no se concretan bien, y que precisan nos planteemos seriamente el problema de una futura filología.

De la crisis actual, se ha contagiado la filología, y eso que la filología clásica ha podido ser considerada como, hasta cierto punto, libre de influencia de corrientes generales de pensamiento. Por ejemplo, apenas existe en el campo de la filología eco de movimiento de tan amplia resonancia como el positivismo. Y no es que falte una ten-

dencia positiva en la filología, pero, por esencia, la filología repugnaba el predominio absoluto de cosa tan histórica como el positivismo. Nunca pudo ser equiparada la filología a una "ciencia natural". La lingüística sí que se dejó dominar por las corrientes positivas, y utilizó positivamente los materiales que la filología le suministraba. Pero los nombres, por ejemplo, de Nietzsche y de Wilamowitz, nos dicen cómo atravesó la filología la etapa positivista. Lo que la filología clásica sacó del positivismo, fué depurar su instrumental hasta un grado superior al de todas las demás ramas filológicas. Por ejemplo, disponemos de vocabularios de autores, de léxicos, que superan a las obras análogas en otras ramas de la filología, pero, todavía, la tarea a realizar con este instrumental no puede decirse que esté agotada. Sin perdernos en los detalles, hemos de considerar a la filología como una ciencia histórica, como un instrumento al servicio del sentido histórico.

Muy especialmente, desde la época de la invasión napoleónica, el estudio de los clásicos se ha interrumpido entre nosotros, hasta el punto de que nos encontramos casi en una situación de comenzar de nuevo. Por eso mismo, el campo de la filología clásica sirve de un modo muy fecundo para desarrollar modos de entender, que laten en nosotros y que responden a nuestro fondo de cultura tradicional, que llevamos en la sangre, dormido durante siglos.

Ahora, y éste es el principal tema de estas notas, vamos a ver hasta qué punto España puede aportar pensamiento propio a esta continuación en la marcha de la filología clásica, tal vez detenida por la crisis a que antes aludí, si bien temo que mis consideraciones sean excesivamente personales, un poco demasiado fieles al problema de trabajos que yo he intentado seguir y que voy a exponer, aunque el presentar los planes propios aún sin realizar, sea jactancia.

Las características de nuestro pasado, hacen que nos-

otros nos encontremos en condiciones de afrontar la filología clásica desde un punto de vista nuevo. Voy a señalar los dos aspectos principales en que puede ser original nuestra labor. En primer término, en el aspecto religioso, y en segundo, en el aspecto de aportar nuevos problemas, de ofrecer nuevos campos a la investigación. En toda cultura, la religión es importantísima. El hecho de haber sido educados y criados dentro de una religión, impregna fuertemente, para siempre, la personalidad. Por eso, podemos decir que la interpretación de Grecia, realizada por la filología del gran siglo alemán, es una interpretación que tiene una base nórdica y protestante. Este punto de vista nórdico y protestante, ha permitido hacer toda una serie de descubrimientos, y no cabe duda que podemos haber conseguido la explicación de una gran parte de pensamientos griegos gracias a esta labor. Obras como, por ejemplo, *Der Glaube der Hellenen*, de Wilamowitz, los primeros libros de Nietzsche, los escritos de Weleker y Usener, nos ofrecen una visión religiosa de Grecia enormemente profunda, pero también parcial, puesto que en la religión griega se combinan dos elementos heterogéneos y difíciles de conocer, de los cuales, uno es el elemento accesible a un nórdico, más espiritual, más vago, más mezclado con la naturaleza; pero el otro es un elemento más profundo, más ritual, menos racional (aunque el primero no sea racional tampoco).

Personas como los autores alemanes de que antes hemos hablado, educados dentro de la religión protestante, han visto dentro de la religión griega el primer aspecto, mientras que nosotros, educados dentro del catolicismo, y llenos de esa tendencia meridional, católica, del rito, de las fórmulas, del culto de las reliquias, estamos en condiciones de ver este aspecto de la religión griega, que tal vez ha quedado hasta ahora en segundo término.

Hay tragedias que se explican como autos sacramenta-

les, e incluso, si se me permite la expresión, como autos sacramentales del diablo. *Las Bacantes*, de Eurípides, no son más que un auto sacramental de éstos, puesto que el dios Baco está fuertemente impregnado de sentido demoníaco.

Por eso, una interpretación española de la religión griega, podrá descubrir una serie de elementos litúrgicos, ceremoniales, que se han escapado al punto de vista protestante.

En el fondo, del juego equilibrado de estos dos elementos que entran en toda religión, proviene la duración de las religiones. Es cosa sabida, que en el cristianismo del Mediterráneo viven cultos pre-cristianos. Yo he tenido ocasión de probar (1) hasta qué punto las iglesias bizantinas de Atenas vienen a continuar santuarios y templos paganos, con los que tienen alguna relación o contacto; una ermita, heredera de un santuario celtíbero de Termancia (2), continúa existiendo, y se ve en América hasta qué punto, por ejemplo, la Virgen de Guadalupe está instalada sobre las ruinas de viejos dioses mejicanos.

Este elemento tradicional, remoto, profundo, de las religiones, puede ser objeto de estudio, para quienes llegan a él partiendo de conceptos católicos, que son los que despiertan la atención hacia este aspecto ritual, que, para otras religiones, pasa más desapercibido.

De la misma manera, encuentro sumamente fecunda la idea general de contrarreforma, que intenta salvar una religión en peligro, aplicada a explicar la posición de Sócrates dentro del pensamiento antiguo. Sócrates puede ser considerado como en una posición católica, en cuanto pretende combinar elementos racionales con elementos irracionales, aspira a hacer ética racional y, a la vez, prac-

(1) *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, de la Universidad de Valladolid*, fasc. x-xi, 1936, págs. 69 y sigts.

(2) Schulten, *Gesch von Numantia*, pág. 71.

tica los ritos, intenta algo que tiene un remoto paralelo con la teología contrarreformista.

Una tendencia española en la filología, seguramente tendría mucho que decir, y yo he intentado, en estas líneas, comenzar trabajos que tal vez puedan ser tachados de ambición. En otro aspecto, podremos aspirar a decir una palabra nueva, descubridora de una nueva faz de nuestra prehistoria y toda la prehistoria occidental. Y teniendo en cuenta esto, no cabe duda que nuestra filología tendrá que caracterizarse por un estrecho contacto con la lingüística y con la arqueología. Una lingüística como la del siglo XIX, nacida y desarrollada en los países del centro y norte europeo, tenía que preocuparse de la lingüística indoeuropea, buscando la relación de comunidad originaria a que antes nos hemos referido, pero, ante los problemas de nuestra historia primitiva, surge la cuestión de la instalación de indoeuropeos sobre razas anteriores. En España se conserva un resto, tan difícil de manejar, como es el vasco. Yo creo que nuestra filología tendrá un campo enorme si intentamos —señalaré, aparte estudios italianos, los de Menéndez Pidal, en este campo, como intentos iniciales— una especie de lingüística mediterránea, que será, sin duda, de alcance más modesto y de resultados más cortos. Las dificultades de esta obra pueden animarnos más a emprenderla, por la misma razón de que esta lingüística podrá dar a nuestra filología campos de trabajo vírgenes. Y, ante esta obra, nos interesa señalar, para nuestro futuro, la necesidad de una relación estrecha con la arqueología, puesto que la interpretación de los datos lingüísticos, toponímicos y de textos, debe ser apoyada por el material arqueológico. La misma posición de España en la geografía, indica que se encuentra en nuestra Patria la clave de muchos problemas de la prehistoria, lo cual exige que nosotros seamos más metódicos y menos retraídos para estos estudios que otros países.

En resumen, éste es el cuadro de trabajos que se podía ofrecer a la juventud española que se anima a emprender el estudio de la filología clásica:

1° Por una parte, dependeríamos de la tradición europea del siglo pasado y heredarían nuestros estudios ese sentido histórico. Procuraremos que España consiga, en este orden, un nivel decoroso, que nos permita presentarnos como dignos sucesores de aquella España de Nebrija y de la Biblia Políglota, que mantuvo con dignidad la filología correspondiente a los siglos de nuestra grandeza. La elaboración de textos clásicos escolares, ya iniciada por la revista *Emérita*; la preparación de manuales para Institutos, Seminarios, Colegios y Universidades; el mantenimiento de una revista que mantenga el contacto de la filología y la lingüística, con el primer grado de esta labor. La interpretación de temas clásicos con criterio nuestro, constituye el segundo y superior grado.

2° Ante nuestros estudiantes se abren, llenos de promesas, campos absolutamente nuevos. La lingüística prehistórica del Africa del Norte, está por hacer. La misma lingüística prehistórica española, está sin iniciar, apenas. Y esto no son sino partes de los problemas de la lingüística mediterránea.

Tengo el vago temor de haber hecho un programa excesivamente personal, y no sé si es lícito presentar un programa ambicioso, cuando el que lo presenta no ha comenzado sus trabajos, pero quería precisamente presentar un programa que fuese, a la vez, una invitación a algunos jóvenes españoles.

ANTONIO TOVAR